

AMOR ^y
SUERTE



by JENNA EVANS WELCH by

Para Addie, lo único interesante de ir a la boda de la excéntrica tía Mel es conocer Irlanda junto con su familia. Fuera de eso, nada esta bien en su corazón. Hay algo horrible que la tiene profundamente triste y que pone en juego su futuro. Por si fuera poco, Ian, su hermano mayor, conoce su secreto y no esta dispuesto a dejarla en paz hasta que se lo cuente a su madre. De lo contrario, las discusiones entre ellos nunca tendrán fin y solo la harán sentir aun mas miserable. Cuando parece no haber trébol que cambie su suerte, Addie encuentra en los polvorosos libreros del hotel una inusual guía de viaje, Irlanda para corazones rotos, y aunque ella es una escéptica, confiá en que las cosas mejoraran. Las palabras de la guía hacen que Addie se embarque en una aventura llena de aprendizaje y amor propio en la isla Esmeralda, donde descubrirá que la verdadera fuerza se encuentra en su interior y que solo ella tiene el poder para curar ese corazón que tanto le duele.

Índice de contenido

Cubierta

Amor y suerte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la autora

*Para Nora Jane, dueña de dos pies
osados y una sonrisa con un único
hoyuelo que iluminó mi oscuridad
durante más de un año. Este es para ti,
corazón.*

A ti, que tienes el corazón roto:

¿Qué ves cuando te imaginas viajando por Irlanda? ¿Canciones que te desgarran la voz en fiestas de algún pub oscuro y ruidoso? ¿Castillos mohosos? ¿Campos de tréboles de cuatro hojas y tus pies descalzos a toda velocidad sobre ellos? O tal vez aquella canción de Johnny Cash: «verde, verde, cuarenta tonos de verde».

Sin importar lo que hayas imaginado, querida amiga enferma de amor, puedo decirte con toda seguridad que estás equivocada. No quiero decir que no terminarás cantando una emotiva versión de «All Me Grog» en una pequeña taberna de Dublín o que no pasarás buena parte de tus tardes caminando por castillos anegados. Lo que digo es que este viaje tuyo será, sin duda alguna, mejor de lo que imaginaste. ¿No me crees? Espera a estar parada en la orilla de los acantilados de Moher, que el viento atrape tu cabello en una sola trenza mientras tu corazón late como tambor. Entonces hablamos.

Sé que te sientes frágil, tórtola, así que déjame explicártelo todo. Estás a punto de enamorarte locamente de un lugar que no sólo te va a arreglar ese corazoncito, sino que te retará de todas las formas concebibles. Es hora de abrir tu maleta, tu mente y, sobre todo, esta guía, porque no sólo soy una experta insufrible en todo lo que tiene que ver con Irlanda, soy también una experta insufrible en el desamor. Considérame una guía dos en uno. Y no finjas que no me necesitas. Las dos sabemos que hay miles de guías de viaje de Irlanda y tú abriste esta.

Viniste al lugar correcto, corazón. La isla Esmeralda podrá no ser el único lugar para reparar un corazón roto, pero es el mejor.

Confía en mí.

P. D. Hace poco, durante una tarde particularmente vibrante en el condado Clare, en Irlanda, conté cuarenta y siete tonos de verde. Así que, toma esa, Johnny.

Introducción a Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda, tercera edición

PRÓLOGO



EL PEOR VERANO DE LA VIDA

Ese es el pensamiento con el que fui al otro lado. No fue «estoy cayendo». No fue «acabo de empujar a mi hermano por los acantilados de Moher». Ni siquiera fue «mi tía me va a matar por arruinar su día especial». Sólo: «el peor verano de la vida».

Podría decirse que mis prioridades no estaban del todo claras. Y ahí, al fondo del risco, tampoco lo estaba yo.

Cuando por fin dejé de rodar, mi vestido de diseñador y yo habíamos cruzado por lo menos diez charcos y estábamos encima de algo que sin duda había salido de una vaca. Pero los desechos del ganado no eran lo peor del asunto. En algún punto del camino me golpeé con algo —algo duro—, y mis pulmones intentaban con desesperación recordar lo que tenían que hacer. «Inhalen», les supliqué. «Sólo inhalen».

Por fin pude respirar. Cerré los ojos y me obligué a hacer una pausa e inhalar y exhalar contando hasta cinco, como hago siempre que pierdo el aliento. Me pasa con más frecuencia que a la gente común.

Tengo lo que mi entrenador de fútbol llama el *factor de agresión*. Eso significa que, siempre que llegamos a una escuela en la que las jugadoras parecen Atila el Huno con cola de caballo, sé que jugaré el partido completo. Que me saquen el aire es una de mis especialidades. La cosa es

que, cuando me pasa, tengo puestos tacos de futbol y una camiseta; no lápiz labial y tacones de diseñador.

«¿Dónde está Ian?». Rodé hacia un costado en busca de mi hermano. Como yo, estaba bocarriba, con el saco azul marino desgarrado, la cabeza apuntando colina abajo, hacia los turibuses en el estacionamiento. Pero, contrario a mí, no se movía.

No se movía nada.

«No». Me levanté como con resortes; el pánico envolvía mi visión. Mis tacones se atoraron en el dobladillo de mi vestido, y batallé para desenredarme. Imágenes del cursi video de primeros auxilios de la clase de salud centelleaban en mi cabeza. ¿Comenzaba con respiración boca a boca? ¿Con compresiones en el pecho? ¿Por qué no puse atención en clase?

Estaba a punto de abalanzarme sobre él cuando sus ojos se abrieron de pronto.

—¿Ian? —susurré.

—Guau —dijo con voz pesada, entrecerrando los ojos, que miraban hacia las nubes, mientras sacudía un brazo y después el otro.

Me desplomé sobre un montículo elevado; las lágrimas me inundaban los ojos. Podía haber empujado a mi hermano por un risco, pero no lo había matado. Eso debía valer algo.

—Seguimos avanzando; vean hacia acá —dijo una voz británica que estaba demasiado cerca. Me paralicé—. Hag's Head está un poco más allá. Oh, y miren: hay una boda allá arriba. ¿Ven a la hermosa novia? Y... ay, Dios. Creo que perdió a una dama de honor, una pequeña dama color lila. Hola, hola, pequeña dama lila. ¿Estás bien? Parece que te caíste.

Me sacudí. Mi cuerpo se tensó, listo para descargar su furia sobre quien fuera que me acabara de llamar «pequeña dama lila», pero lo que vi me hizo desear haber sido aún más pequeña. Ian y yo no sólo habíamos aterrizado mucho

más cerca de la calle de lo que hubiera pensado, sino que una guía de turistas con un poncho color cereza y un sombrero de ala ancha paseaba junto a nosotros a un grupo de turistas embelesados. Pero ninguno de ellos miraba el increíble paisaje o a la bella novia, que resultaba ser mi tía Mel. Me veían a *mí*. Las treinta personas me veían a mí.

Era como si nunca hubieran visto una pelea a puñetazos durante una boda.

«Contrólate».

Me enderecé y estiré mi falda.

—Sólo un tropezón —dije con fingida alegría.

Uy. *Tropezón* no era una palabra normal en mi vocabulario. ¿Y de quién era esa voz robótica que salía de mi boca?

La guía de turistas me apuntó con su sombrilla.

—¿De verdad acabas de caer por ese cerro enorme?

—Eso parece —dije, otra vez con voz alegre, aunque lo que en realidad quería decir burbujeaba bajo la superficie: «No, sólo vine a tomar una siesta en un vestido tapizado de estiércol». Giré la mirada hacia Ian. Parecía estarse haciendo el muerto. Conveniente.

—¿Segura que estás bien?

Esta vez le infundí a mi voz una fuerte dosis de *váyanse ya*.

—Segura.

Funcionó. La guía me hizo una mueca por un segundo y después alzó su sombrilla y le cacareó al grupo, el cual avanzó a regañadientes como un enorme ciempiés con un solo cerebro. Por lo menos eso se había terminado.

—Podías haberme ayudado con los turistas —le dije al bulto inmóvil que era Ian.

No respondió. Típico. En estos días, salvo que fuera para presionarme para que les dijéramos a nuestros papás lo que había pasado ese verano, apenas si me volteaba a ver. No lo culpaba. Yo apenas podía mirarme al espejo y, en primer lugar, yo era quien había echado a perder las cosas.

Una gota de lluvia me salpicó sobre la piel. Luego otra. «¿En serio? ¿Ahorita?». Le lancé una mirada de reproche al cielo y puse el codo cerca de mi cara, para cubrirme la cabeza con el brazo mientras estudiaba mis opciones. Además de buscar refugio en las tiendas de *souvenirs* construidas en las colinas como guaridas de hobbits, mi única opción era caminar de vuelta hacia el cortejo de la boda, el cual incluía a mi madre, cuya ira ya barría toda la campiña. No había poder humano que me hiciera ponerme en la línea de fuego antes de que fuera necesario.

Escuché las olas estrellarse con violencia contra los acantilados. El viento acarreaba pedazos de voces desde la cima de la colina, como el confeti que habíamos lanzado unos minutos antes:

—¿Viste eso?

—¿Qué pasó?

—¿Están bien?

—¡No estoy bien! —grité; el viento se devoró mis palabras.

Llevaba exactamente una semana y tres días sin estar bien, desde que Cubby Jones —el chico con el que había estado escapándome todo el verano, el chico de quien había estado enamorada toda mi adolescencia— decidió triturar mi corazón y espolvorearlo sobre el equipo de fútbol. El equipo de fútbol de Ian. Con razón no soporta verme.

Así que, no, por supuesto que no estaba bien. Y no iba a estarlo en mucho, mucho tiempo.

Tal vez nunca.

The Wild Atlantic Way

Yo otra vez, corazón. Estoy aquí para darte un tip de lo más importante mientras estás en la etapa de planeación de tu viaje. Lee con cuidado, porque esta es una de las pocas reglas estrictas que vas a encontrar en todo este libro. *¿Estás oyendo? Aquí va: en tu primera visita a Irlanda, bajo ninguna circunstancia comiences tu viaje en la capital, Dublín.*

Sé que suena agresivo. Sé que hay una superoferta a Dublín en esa página de viajes que has vigilado como buitre toda la semana. Pero escúchame. Hay varias razones para hacerle caso a mi consejo, de las cuales la principal es:

Dublín es infernalmente seductora.

Sé lo que vas a decir ahora, cariño. Me dirás que el infierno no es muy seductor, a lo que yo te contestaré que es un excelente lugar para conocer personas interesantes. *¿Y esos lagos de fuego? Son perfectos para remojar el estrés.*

Pero no nos desviemos del tema.

Las cosas como son: Dublín es una aspiradora, y tú eres el par de tus aretes largos favoritos, el que no encuentras desde Año Nuevo. Si te acercas demasiado a esa ciudad, te va a jalar y no tendrás esperanza de sobrevivir. *¿Sueno demasiado dramática? Bien. ¿Usé demasiadas metáforas? Excelente. Porque Dublín es dramática y digna del exceso de metáforas. Está llena de museos in-*

teresantes y estatuas con apodos hilarantemente inapropiados y pubs que escupen fragmentos de la mejor música del mundo. A donde sea que vayas, verás cosas que quieres hacer, ver y probar.

Y ese es el problema.

Muchos viajeros bienintencionados han puesto pie en Dublín con planes de pasar uno o dos días casuales ahí antes de darle su atención al resto de Irlanda. Y esos muchos viajeros bienintencionados se han encontrado, una semana después, en su centésima vuelta por el Temple Bar, con dos globos de nieve con figurines de duendes y una bolsa con camisetas demasiado costosas como únicas evidencias de su viaje.

Es el cuento más viejo del mundo.

Mi firme recomendación (¿imposición?) es que comiencen por el oeste, en particular por The Wild Atlantic Way. Para ser más específica, el Burren y los acantilados de Moher. Hablaremos de ellos ahora.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: ¡Sorpresa! Mientras atravesamos esta isla salvaje, estaré asignándote pequeñas actividades diseñadas para que interactúes con Irlanda y salgas paso a pasito de debajo del aplastante y doloroso mal de amores que llevas contigo. ¿La primera tarea? Sigue leyendo. Sí, en serio: sigue leyendo.

Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

—**ESTABAN PELEÁNDOSE...** durante la ceremonia.

Siempre que mi mamá se enojaba, bajaba el tono de voz tres octavas y señalaba cosas que eran evidentes para todos.

Desvié la mirada de los mil tonos de verde que atravesaban corriendo mi ventana e inhalé para mantener la calma. Estaba envuelta en el vestido, apretujado como un tutú lodoso, y tenía los ojos hinchados a más no poder. Y no es como que pudiera quejarme al respecto; el ojo de Ian se veía mucho peor.

—Mamá, la ceremonia ya se había terminado; nosotros...

—¡El otro lado, el otro lado! —gritó Archie.

Mamá maldijo y desvió el auto a la izquierda para alejarse de un tractor que se aproximaba a nosotros mientras yo le hundía las uñas al pedazo de carne más cercano, que resultó ser mi hermano mayor, Walter.

—¡Addie, ya! —gimió y me arrebató su brazo—. Pensé que habíamos quedado en que ya no me ibas a arañar a muerte.

—Casi nos estrellamos con un enorme pedazo de maquinaria agropecuaria. No es como que pueda controlar lo que hago —me encendí y lo empujé hacia la izquierda.

Había pasado las últimas veinticuatro horas atrapada entre mis dos hermanos mayores en todos los tipos de transporte posibles, y mi claustrofobia se acercaba al nivel nueve. Si subía más, empezaría a lanzar golpes... de nuevo.

—Mamá, no los escuches. Lo estás haciendo genial. Había bastante espacio entre el tractor y tú —dijo mi otro hermano mayor, Archie, mientras extendía el brazo por debajo

de la cabecera del asiento del conductor para darle una palmadita en el hombro.

Entrecerró los ojos azules mientras me miraba y, sin enunciar una palabra, me dijo:

—No la estreses.

Walt y yo volteamos a vernos y pusimos los ojos en blanco. El hombre de la renta de autos en el aeropuerto insistió en que a Mamá le tomaría una hora, dos a lo mucho, sentirse cómoda manejando del otro lado, pero llevábamos más de cuarenta y ocho y, cada vez que me subía al auto, sentía la misma sensación de vacío que me causan los juegos mecánicos improvisados de las ferias. «Tragedia inminente». Hice responsable al hombre de la renta de autos de cualquier daño emocional y psicológico con el que sin duda regresaría a casa.

Sólo Ian, cuyos mareos perpetuos lo hacían el dueño tácito del asiento delantero, no se había inmutado. Bajó la ventanilla, lo que hizo que una oleada fría de aire con olor a vaca inundara el auto, mientras su rodilla rebotaba como siempre lo hacía.

Hay dos cosas sobre Ian que es importante saber. Una: nunca deja de moverse. Nunca. Es el más pequeño de mis hermanos, sólo unos centímetros más alto que yo, pero nadie se da cuenta porque su energía llena cualquier habitación en la que esté. Y dos: tiene un umbral de enojo. ¿En los niveles del uno al ocho? Grita, como todos los demás. ¿Del nueve para arriba? Se queda en silencio. Como ahora.

Me incliné hacia adelante para volver a ver su ojo morado. Un salpicón de lodo le atravesaba la oreja y tenía pasto adornándole el cabello. Tenía el ojo muy hinchado. ¿Por qué se había hinchado tan pronto?

Ian se tocó con cuidado la piel bajo el ojo, como si hubiera pensado lo mismo que yo.

—¿Peleándonos? Ay, Mamá. Sólo fue una discusión. Ni siquiera creo que alguien nos haya visto.

La voz de Ian sonaba calmada, casi aburrida. En verdad intentaba convencerla.

—*Discusión* implica que no hubo violencia. Yo vi puños. Eso lo hace una pelea —añadió Walter muy servicial—. Además, miren nada más el ojo de Ian.

—No lo miren —gruñó Ian, perdiendo el estado Zen.

Todos miraron de reojo a Ian, incluida mi mamá, quien de inmediato comenzó a desviarse hacia el lado equivocado de la carretera.

—¡Mamá! —gritó Archie.

—Ya sé —exclamó ella, girando a la izquierda.

«Sí que lastimé a Ian». Mi corazón se lanzó en una peligrosa caída libre, pero logré jalarlo de vuelta a su lugar. No tenía ni un poco de espacio para la culpa. No mientras estuviera llena hasta las orejas de arrepentimiento, vergüenza y autodesprecio. Además, Ian se merecía ese ojo morado. Él era el que no dejaba de mencionar a Cubby (más bien, no dejaba de provocarme con Cubby). Era como si tuviera una llama en la punta de una lanza con la que podía apuñalarme cada vez que se le antojara.

La voz de Ian se apareció en mi cabeza como el disco rayado que llevaba escuchando diez días. «Tienes que decirle a Mamá antes de que alguien más le cuente».

Una ansiedad calurosa y cosquilleante me trepó por las piernas, y de inmediato me incliné por encima de Archie para bajar la ventanilla, permitiendo que una nueva oleada de aire entrara al auto. «No pienses en Cubby. No pienses en la escuela. No pienses». Estaba a seis mil kilómetros y diez días de mi penúltimo año de preparatoria; no tenía por qué pasar el tiempo que me quedaba pensando en la zona de desastre a la que volvería.

Miré fijamente por la ventana en un intento por anclar mi mente en la escenografía. Las casas y los hostales coloreaban el paisaje en grupos pequeños y adorables; sus frescos exteriores blancos estaban acentuados con puertas de colores muy vivos. Los tendederos se mecían hacia adelan-